Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
				4	0
4	1	9	2	1	2
3	6	2	1	1	1
2	5	7	8	1	0
4	6	0	8	0	1
3	5	2	4	0	1
5	1	7	6	0	1

En el principio

por Rodrigo Fresán

Página/2/3



Verano/12

ESTADO CIVIL

(Por Claudia Selser) Julia se había preguntado más de una vez cómo sería el día en que Oscar dejara el juego de llaves junto al teléfono y atravesara la puerta para convertirse en un ex. Once años de casados, su primer tipo... Pero estuvo lejos de adivinar que si habría de ser memorable sería gracias a Susana.

Fue un sábado. Julia aprontaba el Rohypnol 2 miligramos para garantizarse un desmayo hasta la mañana siguiente cuando su antigua compañera de facultad llamó por teléfono e insistió en ser una compañía solidaria en esa noche. Susana, siempre así, un poco fóbica y dispersa pero con algo de bombero voluntario en las emergencias, apareció temprano avisando que al rato llegarían unos amigos que tenían todo menos casa para festejar un cumpleaños. "¿Por qué no aquí, que es grande y de paso no estaremos solas?", le dijo. Y Julia terminó aceptando más por cansancio que por necesidad.

Hacia las 10 comenzaron los timbrazos: dos guitarras, una botella de whisky, una quena, algo de marihuana, una docena de botellas de vino —media de blanco, media de tinto— entraron en las manos de veinte personas de sexo surtido. Julia los escuchó cantar y reír detrás del humo de cigarrillos como si se tratara de un sueño. "Con Oscar en casa esto nunca hubiera pasado", pensó justo cuando un rubio fachero se le puso al lado para preguntar el porqué de su cara de vinagre. No tendría más remedio que fingir demencia y esperar un descuido de Susana para encerrarse en su cuarto. Susana, empecinada ahora en hacerla participar de la fiesta.

El último se fue recién a las 4 pero tampoco pudo irse a la cama. Agarrada a una botella de whisky casi vacía, en posición de loto sobre el sillón, su amiga comenzó un largo lamento compadeciéndola por el infortunio que-tan-bien-ella-conocía-desde-su-separación-de-Pedro, cuatro años antes. "Son todos unos hijos de puta, dejáme que te cuente lo que me pasó a mí", repetía a borbotones agarrándola del brazo y asegurándole que no perdonaría que la dejara sola en esos momentos.

Susana siguió sosteniendo con una mano la botella y con la otra su brazo hasta las seis de la mañana, cuando decidió que debía suicidarse. Caminó hacia el balcón y, alzando altivamente la frente mientras intentaba montar la pierna derecha sobre la baranda, amenazó con tirarse si no telefoneaba a su analista. "Llamalo aunque sea domingo, que para eso le pago", repitió con vehemencia. Julia prefirió no correr más riesgos: a las 7 y cuarto, trajeado como para un congreso, un kleiniano parecido a David Bowie cruzó la puerta con maletín de dentista. Susana, por entonces con la camisa entreabierta hasta el ombligo y recostada en el sillón, lo hizo pasar con dignidad.

Julia pensó entonces en su vida de ahí en más, en el verano por delante, en una soledad sin garantías. Pensó o soñó —no recuerda ahora— hasta que salió el kleiniano. "Está más tranquila. Se está durmiendo y pide que no la despierte hasta la tardecita", se despidió el hombre con cara de deber cumplido. Eran las 8 y cinco. Julia dio por terminada su primera noche de separada.

ME SIENTO BIEN!

Antes, durante y después del verano.

Hepatalgina

VERDINO SA

las posibilidades de milagro son nulas según el pronóstico meteorológico del diario local y el cazador de santos va de salida, el cazador de santos va a entrar en el mundo.

El cazador de santos recoje un papel del suelo y lee un fragmento de una entrevista a un conocido director de cine:

No conozco la cura para la enfermedad de las imágenes, pero creo en el poder curativo de las palabras y las historias. Las historias son el modo en que creamos un orden, y una historia con final feliz está, de algún modo, relacionada con la Biblia. He descubierto que las historias existen más allá de las herramientas que las cuentan y ahora creo que mi inicial resistencia a filmar películas que cuenten historias ha sido reemplazada por el firme impulso de zambullirme de lleno en ellas.

El cazador de santos siempre quizo ser escritor. Pero su madre le impuso el sacerdocio como si lo obligara a vestirse de marinerito por toda la eternidad.

El cazador de santos piensa en su madre, piensa en la virgen Virginia. Tal vez hayan oído hablar de ella. Virginia supo ser famosa cuando más allá de su aplasia vaginal —condición que implica la imposibilidad de concebir un ser humano— dio a luz, virgen a los quince años, a este hombre que, cabizbajo, surca como un cuchillo la sucursal del paraíso en la tierra. La verdad —suele ocurrir— siempre es otra y siempre es mucho más asombrosa que un milagro: quien por entonces era su novio descubrió a Virginia practicándole una fellatio a su mejor amigo y la apuñaló en el estómago. Los médicos piensan que lo que ocurrió fue que el esperma accedió a sus órganos reproductivos bailando a través del tracto gastrointestinal. *Tracto* significa también "versículo que se suele cantar antes del Evangelio". Todo cierra y en su momento salió un artículo en *The Lancet*. Con fotos. Aleluya.

Tal fue la génesis del cazador de santos y —los días en que se encuentra de mejor humor— no puede evitar la idea de que su trabajo en el Departamento de Verificación de Santos, después de todo, no está tan alejado del oficio de escritor: los procesos de canonización y la investigación sacra persiguen, de algún modo, los mismos objetivos que la literatura: legitimizar lo improbable, certificar lo maravilloso, contar una buena historia. Amén.

La sonrisa del cazador es borrada por el viento que arrastra otro papel impreso en los colores brillantes de la blasfemia:

Muchas mujeres jóvenes disfrutan poniéndole el condón a su pareja. Otras, en cambio, dicen no estar muy seguras de querer tocar "esa cosa". Este grupo se beneficiaría, junto con sus parejas, de tener condones esparcidos por la habitación para tocarlos y sentirlos.

Comprende entonces que este mundo al que regresa poco tiene que ver con aquel al que renunció tantos años atrás; un mundo donde Madonna era la madre de Nuestro Se-



llazos. Llora y grita y es rápidamente reducido por los guardias mientras un japonés no deja de sacar fotos.

El cazador de santos juguetea con la idea de detenerse junto al desquiciado y demorar así la marea de esta historia.

Quizo cantar entonces. Quizo sentirse parte de una trama que, seguro, iba a terminar bien. Quizo llegar vivo a los títulos finales y abrió la boca para recitar la antífona *Propitious esto, Domine*. El poderoso graznido colmó la acústica de la mañana y varios turistas provenientes de Aguas Calientes, México, lo miraron fijo con pupilas de Santísima Inquisición. Pero qué podían saber ellos, cómo iban a reconocerlo con semejante facha. Vestía uno de esos trajes que parecen cortados en la tela de la inocurrencia para convertir en ser anónimo hasta al más portentoso individuo. Se alejó de ellos dando exageradas, largas zancadas. Hacía tiempo que no usaba pantalones y se sentía entre desnudo y asfixiado. Por eso se apresuró en cruzar la Piazza San Pedro y las barracas de la Guardia Suiza y las barracas de la Gendarmería y por fin abandonó la Vía di Porta Angelica y su pasado se cerró como una puerta que iba a costar volver a abrir mientras Pater Nosters caían sobre su cabeza impía como lluvia negra, como petróleo rebotando desde los abismos del planeta.

Recordó entonces el trueno en la voz del cardinale Tominno, el eco del mármol sobre mármol, su voz —un hilo de palabras genuflexas—, y sus pasos exageradamente lentos como si así pudiera disfrazarse la huída.

Pero antes de que el cazador de santos desaparezca, he aquí el momento que me interesa preservar: nuestro protagonista ignora la presencia de Giulio Batelonni, fotógrafo oficial del Vaticano. Batelonni es el encargado, año tras año, de sacar la foto para la Postal Oficial Vaticana, la sublime vista de la plaza toda con catedral al fondo de los tiempos. Batelonni se autoflagela con puntualidad cristiana. Batelonn sueña noche por medio que es canonizado, sueña con convertirse en el santo patrono de los fotógrafos. Le gusta sacar fotos de nubes.

Lo que ocurre entonces es que el cazador de santos pasa frente a Batelonni, las manos hundidas hasta la mismísima raíz de los bolsillos, la profesional mirada mártir: pupilas siempre hacia arriba, ojos de estampita consagrada.

Ahí va, atraviesa el campo de visión de la vieja y eficaz cámara de Giulio Batelonni y, justo en el momento en que cruza sin pasaporte los límites de la postal, el fotógrafo presiona el botón del disparador y ¿de quién es esa pierna suspendida a varios centímetros del piso que atraviesa la santísima postal? Imposible saberlo. Ninguno de los millones de turistas que fatiguen los bordes de esta postal con tintas tristes y tintas alegres sabrá la verdad. Es más, ni siquiera intuirán la presencia de una verdad atendible. Sólo el cazador de santos conoce el material, el género con que se confecciona el milagro pero, claro, él ya no está ahí para explicarlo, él ya se ha ido.

Compré varias de esas postales.

Aquí tengo algunas.

Miren.

EN EL PRINCIPIO

POR RODRIGO FRESÁN

Sólo diré que —la mañana gris en que el cazador de santos abandonó la Santa Ciudad del Vaticano en busca de su improbable redención— las venerables palomas parecían sufrir la más poderosa y bíblica de las cóleras y que, quizás intuyendo la gravedad de su pecado descargaron, sin piedad alguna, su furia sobre el cazador de santos como si en ello les fueran todas las plumas.

Así, las palomas de la Piazza San Pedro se cagaron olímpicamente en él del mismo modo en que lo había hecho el cardinale Tominno hacía apenas quince minutos.

Entonces el cazador de santos avanzó entre turistas y aberraciones de la naturaleza; entre monjas y japoneses; entre latas vacías de bebidas cancerígenas; entre pañuelos de papel bordados de rouge, entre jeringas contagiosas; entre puestos de parafernalia sacra atendidos por sicarios del pecado; entre dos hileras de mogólicos que venían desde, ah, tan lejos a babearse bajo un Miguel Angel restituido a sus colores más brillantes.

Avanzó sin mirar atrás recordando aquello de Lot, aquello de Orfeo; sabiéndose maldito y sabiendo que hasta la última paloma de la Santa Ciudad del Vaticano conocía su condición y aleteaba sobre el inequívoco resplandor que despedía su estigma. Unas gotas de soberbia brillaron en su frente. ¿Qué saben todos de nada? Poco. El cazador de santos no puede evitar entonces miradas furtivas a diestra y siniestra:

Aquí, detrás de esa loza, descansa la sagrada Orden de los Padres Bailarines: un grupo de sacerdotes que huyó a Hollywood a actuar en coreografías vertiginosas. Murieron todos, una pesada noche de La Brea, algo que ver con Ben "Bugsy" Siegel.

Allá se alza, disimulada por un altar recargado de puñales, la tintorería de santos sudarios.

Y, del otro lado, bajo la nave central, en una cajita de madera lustrada, están presos los restos mortales de Nuetro Señor Jesucristo. Medía un metro cincuenta y le gustaban las adivinanzas griegas y el curry.

Pero no hay *fumatta bianca questa matina*, no hay nada importante por estos lados, las posibilidades de milagro son nulas según el pronóstico meteorológico del diario local y el cazador de santos va de salida, el cazador de santos va a entrar en el mundo.

El cazador de santos recoje un papel del suelo y lee un fragmento de una entrevista a un conocido director de cine:

No conozco la cura para la enfermedad de las imágenes, pero creo en el poder curativo de las palabras y las historias. Las historias son el modo en que creamos un orden, y una historia con final feliz está, de algún modo, relacionada con la Biblia. He descubierto que las historias existen más allá de las herramientas que las cuentan y ahora creo que mi inicial resistencia a filmar películas que cuenten historias ha sido reemplazada por el firme impulso de zambullirme de lleno en ellas.

El cazador de santos siempre quizo ser escritor. Pero su madre le impuso el sacerdocio como si lo obligara a vestirse de marinerito por toda la eternidad.

El cazador de santos piensa en su madre, piensa en la virgen Virginia. Tal vez hayan oído hablar de ella. Virginia supo ser famosa cuando más allá de su aplasia vaginal —condición que implica la imposibilidad de concebir un ser humano— dio a luz, virgen a los quince años, a este hombre que, cabizbajo, surca como un cuchillo la sucursal del paraíso en la tierra. La verdad —suele ocurrir— siempre es otra y siempre es mucho más asombrosa que un milagro: quien por entonces era su novio descubrió a Virginia practicándole una fellatio a su mejor amigo y la apuñaló en el estómago. Los médicos piensan que lo que ocurrió fue que el esperma accedió a sus órganos reproductivos bailando a través del tracto gastrointestinal. *Tracto* significa también "versículo que se suele cantar antes del Evangelio". Todo cierra y en su momento salió un artículo en *The Lancet*. Con fotos. Aleluya.

Tal fue la génesis del cazador de santos y —los días en que se encuentra de mejor humor— no puede evitar la idea de que su trabajo en el Departamento de Verificación de Santos, después de todo, no está tan alejado del oficio de escritor: los procesos de canonización y la investigación sacra persiguen, de algún modo, los mismos objetivos que la literatura: legitimizar lo improbable, certificar lo maravilloso, contar una buena historia. Amén.

La sonrisa del cazador es borrada por el viento que arrastra otro papel impreso en los colores brillantes de la blasfemia:

Muchas mujeres jóvenes disfrutan poniéndole el condón a su pareja. Otras, en cambio, dicen no estar muy seguras de querer tocar "esa cosa". Este grupo se beneficiaría, junto con sus parejas, de tener condones esparcidos por la habitación para tocarlos y sentirlos.

Comprende entonces que este mundo al que regresa poco tiene que ver con aquel al que renunció tantos años atrás; un mundo donde Madonna era la madre de Nuestro Señor y no una cantante que hizo millones con su impudicia de discoteca y su desgraciada voz.

—Soy un extranjero universal —piensa—. Un hombre que se mueve tanteando las paredes. Soy aquel que, casi con regocijo, pisará todos y cada uno de los charcos que cubren estas calles santas porque ¿cómo y qué era un charco? ¿era un charco ese animal que ladraba a la luna allá lejos en Florencia mientras yo, joven, impío, aliviaba mi carne condenando mi alma con cada furiosa pulseada con mi sexo enhiesto como un estandarte que se apresta a la batalla y, después, al arrepentimiento y al bálsamo de la penitencia? De nada sirvió nada y aquí estoy otra vez, como al principio de los tiempos, cuando el verbo era verbo y, eso me dicen, el verbo era él.

Algo por el estilo.

Y es en ese mismo instante que un humilde turista sufre lo que los psiquiatras romanos no vacilan en definir como "síndrome de despersonalización del viajero": el hombre se lanza contra alguna bendita escultura y le obsequia furiosos y apasionados martillazos. Llora y grita y es rápidamente reducido por los guardias mientras un japonés no deja de sacar fotos.

El cazador de santos juguetea con la idea de detenerse junto al desquiciado y demorar así la marea de esta historia.

Quizo cantar entonces. Quizo sentirse parte de una trama que, seguro, iba a terminar bien. Quizo llegar vivo a los títulos finales y abrió la boca para recitar la antífona *Propitious esto, Domine*. El poderoso graznido colmó la acústica de la mañana y varios turistas provenientes de Aguas Calientes, México, lo miraron fijo con pupilas de Santísima Inquisición. Pero qué podían saber ellos, cómo iban a reconocerlo con semejante facha. Vestía uno de esos trajes que parecen cortados en la tela de la inocurrencia para convertir en ser anónimo hasta al más portentoso individuo. Se alejó de ellos dando exageradas, largas zancadas. Hacía tiempo que no usaba pantalones y se sentía entre desnudo y asfixiado. Por eso se apresuró en cruzar la Piazza San Pedro y las barracas de la Guardia Suiza y las barracas de la Gendarmería y por fin abandonó la Vía di Porta Angelica y su pasado se cerró como una puerta que iba a costar volver a abrir mientras Pater Nosters caían sobre su cabeza impía como lluvia negra, como petróleo rebotando desde los abismos del planeta.

Recordó entonces el trueno en la voz del cardinale Tominno, el eco del mármol sobre mármol, su voz —un hilo de palabras genuflexas—, y sus pasos exageradamente lentos como si así pudiera disfrazarse la huída.

Pero antes de que el cazador de santos desaparezca, he aquí el momento que me interesa preservar: nuestro protagonista ignora la presencia de Giulio Batelonni, fotógrafo oficial del Vaticano. Batelonni es el encargado, año tras año, de sacar la foto para la Postal Oficial Vaticana, la sublime vista de la plaza toda con catedral al fondo de los tiempos. Batelonni se autoflagela con puntualidad cristiana. Batelonn sueña noche por medio que es canonizado, sueña con convertirse en el santo patrono de los fotógrafos. Le gusta sacar fotos de nubes.

Lo que ocurre entonces es que el cazador de santos pasa frente a Batelonni, las manos hundidas hasta la mismísima raíz de los bolsillos, la profesional mirada mártir: pupilas siempre hacia arriba, ojos de estampita consagrada.

Ahí va, atraviesa el campo de visión de la vieja y eficaz cámara de Giulio Batelonni y, justo en el momento en que cruza sin pasaporte los límites de la postal, el fotógrafo presiona el botón del disparador y ¿de quién es esa pierna suspendida a varios centímetros del piso que atraviesa la santísima postal? Imposible saberlo. Ninguno de los millones de turistas que fatiguen los bordes de esta postal con tintas tristes y tintas alegres sabrá la verdad. Es más, ni siquiera intuirán la presencia de una verdad atendible. Sólo el cazador de santos conoce el material, el género con que se confecciona el milagro pero, claro, él ya no está ahí para explicarlo, él ya se ha ido.

Compré varias de esas postales.

Aquí tengo algunas.

Miren.

Rodrigo Fresán nació con una costilla de más en 1963 y practica el periodismo desde 1985. En 1975 se fue a Venezuela a disfrutar el exilio de rigor junto con su familia. En 1979 todo su expediente se perdió —gracias a un burocrático trámite de equivalencias— en el Ministerio de Educación, por lo que hoy cuenta, orgulloso, sólo con el 5to. grado de educación primaria aprobado. En 1981 cumplió dieciocho años. En 1986 supo que Claudia Gallegos era la mujer de su vida. En 1990 se deprimió cuando dejaron de dar "Historia del crimen" y "Treinta y pico". En 1991 vio en vivo a Bob Dylan y publicó "Historia argentina", su primer libro de ficción. En 1992 se encuentra abocado a la escritura de "Vidas de los santos", del cual **Verano/12** ya adelantó un fragmento bajo el nombre de "El ascenso a los infiernos". En 1993 escribió una novela —"El héroe secreto"— acerca de un argentino que conoce a Francis Scott Fitzgerald. En 1994 publica un libro de /generacional y ligeramente autobiográfico bajo el nombre de "Diez Veinte Treinta" (continuará...).

ANDREOTTI 92 A JOAQUINA Y CARLOS

LECTURAS

Sólo diré que —la mañana gris en que el cazador de santos abandonó la Santa Ciudad del Vaticano en busca de su improbable redención— las venerables palomas parecían sufrir la más poderosa y bíblica de las cóleras y que, quizás intuyendo la gravedad de su pecado descargaron, sin piedad alguna, su furia sobre el cazador de santos como si en ello les fueran todas las plumas.

Así, las palomas de la Piazza San Pedro se cagaron olímpicamente en él del mismo modo en que lo había hecho el cardinale Tominno hacía apenas quince minutos.

Entonces el cazador de santos avanzó entre turistas y aberraciones de la naturaleza; entre monjas y japoneses; entre latas vacías de bebidas cancerígenas; entre pañuelos de papel bordados de rouge, entre jeringas contagiosas; entre puestos de parafernalia sacra atendidos por sicarios del pecado; entre dos hileras de mogólicos que venían desde, ah, tan lejos a babearse bajo un Miguel Angel restituido a sus colores más brillantes.

Avanzó sin mirar atrás recordando aquello de Lot, aquello de Orfeo; sabiéndose maldito y sabiendo que hasta la última paloma de la Santa Ciudad del Vaticano conocía su condición y aleteaba sobre el inequívoco resplandor que despedía su estigma. Unas gotas de soberbia brillaron en su frente. ¿Qué saben todos de nada? Poco. El cazador de santos no puede evitar entonces miradas furtivas a diestra y siniestra:

Aquí, detrás de esa loza, descansa la sagrada Orden de los Padres Bailarines: un grupo de sacerdotes que huyó a Hollywood a actuar en coreografías vertiginosas. Murieron todos, una pesada noche de La Brea, algo que ver con Ben ''Bugsy'' Siegel.

Allá se alza, disimulada por un altar recargado de puñales, la tintorería de santos sudarios.

Y, del otro lado, bajo la nave central, en una cajita de madera lustrada, están presos los restos mortales de Nuetro Señor Jesucristo. Medía un metro cincuenta y le gustaban las adivinanzas griegas y el curry.

Pero no hay *fumatta bianca questa matina*, no hay nada importante por estos lados,

Rodrigo Fresán nació con una costilla de más en 1963 y practica el periodismo desde 1985. En 1975 se fue a Venezuela a disfrutar el exilio de rigor junto con su familia. En 1979 todo su expediente se perdió —gracias a un burocrático trámite de equivalencias— en el Ministerio de Educación, por lo que hoy cuenta, orgulloso, sólo con el 5to. grado de educación primaria aprobado. En 1981 cumplió dieciocho años. En 1986 supo que Claudia Gallegos era la mujer de su vida. En 1990 se deprimió cuando dejaron de dar ''Historia del crimen'' y ''Treinta y pico''. En 1991 vio en vivo a Bob Dylan y publicó ''Historia argentina'', su primer libro de ficción. En 1992 se encuentra abocado a la escritura de ''Vidas de los santos'', del cual **Verano/12** ya adelantó un fragmento bajo el nombre de ''El ascenso a los infiernos''. En 1993 escribió una novela —''El héroe secreto''— acerca de un argentino que conoce a Francis Scott Fitzgerald. En 1994 publica un libro de / generacional y ligeramente autobiográfico bajo el nombre de ''Diez Veinte Treinta'' (continuará...).

ñor y no una cantante que hizo millones con su impudicia de discoteca y su desgraciada voz.

—Soy un extranjero universal —piensa—. Un hombre que se mueve tanteando las paredes. Soy aquel que, casi con regocijo, pisará todos y cada uno de los charcos que cubren estas calles santas porque ¿cómo y qué era un charco? ¿era un charco ese animal que ladraba a la luna allá lejos en Florencia mientras yo, joven, impío, aliviaba mi carne condenando mi alma con cada furiosa pulseada con mi sexo enhiesto como un estandarte que se apresta a la batalla y, después, al arrepentimiento y al bálsamo de la penitencia? De nada sirvió nada y aquí estoy otra vez, como al principio de los tiempos, cuando el verbo era verbo y, eso me dicen, el verbo era él.

Algo por el estilo.

Y es en ese mismo instante que un humilde turista sufre lo que los psiquiatras romanos no vacilan en definir como ''síndrome de despersonalización del viajero'': el hombre se lanza contra alguna bendita escultura

EL LOCO DE LOS MEDANOS

3. Ideas fijas

Por Guillermo Saccomanno



A los cuarenta años, el señor Gesell era un burgués próspero, inventor aficionado, que confiaba tercamente en las enciclopedias y los manuales técnicos, convencido de la eficacia de su saber positivista. Su familia vivía recluida en Punta Chica, muchas veces aislada por las crecientes. Como todo autodidacta, y también como todo inseguro, mantenía un cerrado rechazo a las escuelas y las academias. Y prefería que sus hijos estudiaran en casa las materias que él consideraba útiles y provechosas —matemáticas, física, idiomas—, impidiéndole a su mujer, que apenas hablaba el argentino, enviar los chicos al colegio. Del mismo modo que él se había formado a sí mismo, así pensaba la evolución, en los mismos términos que la pensaba Henry Ford. La historia, para el señor Gesell, era una cadena de montaje. Y el pasado, en un país que estaba por hacerse, era una cuestión sin importancia, como la política. Se jactaba de su mentalidad pragmática, aunque ser práctico, para él, consistía en inventar. Y con tal de hacerlo era capaz de someter a penurias y amarguras a su mujer y a sus hijos.

Sin embargo, antes que su único invento difundido —esto que hoy es la villa— se consagrara, hay una historia. Y pasa a veces cerca y otras allá lejos y hace tiempo. En 1750 el cura Thomas Falkner se adentró en el Tuyú. Anduvo por arroyos, bañados y pantanos. Tuyú, para los indios, quería decir barros blancos, pisar fofo y también El País de las Cigüeñas. Aunque al padre Falkner lo atraía la observación de la riqueza botánica y zoológica del lugar, estimó que era peligroso andar por aquí. No por los pantanos. Sino por los tigres. Los talas y los sauces que orillaban las lagunas eran su guarida. Y se alimentaban de los peces que atrapaban con astucia, cuando no de cristianos.

Los campos del Tuyú y su franja costera fueron famosos por sus caballos salvajes, pasión del Restaurador en tiempos de su poder. Además de carnear unitarios, Rosas confiscaba los potros de sus estancias. En 1839, Juancho, un negro liberto, conchabado en la estancia Montes Grandes, se enteró en una pulpería de que los federales se acercaban para expropiar caballos. Juancho avisó a sus patrones. Y los mejores ejemplares se salvaron de la requisa. Eso fue antes de que Juancho se volviera borracho y pendenciero, antes de que lo acuchillaran y su cuerpo desapareciera en la laguna de la zona, que empezó a llamarse como él.

Por esa época Rosas, después de la Revolución de los Libres del Sur, repartió el partido de Monsalvo en secciones. Y una se denominó Tuyú, rebautizada General Madariaga en 1910. Mar del Plata, desde el '80, era un balneario sofisticado. A fines de esa década, los belgas intentaron comercializar la arena en Ostende y probaron también crear una ciudad turística. Desembarcaron en la playa, con chalupas. Emplearon mano de obra japonesa. Y las barracas de los trabajadores fueron apodadas Tokyo. Fue levantada una iglesia con una cúpula de veinte metros de altura. Se tendió un muelle, construido con madera de la India que se adentraba en el mar doscientos metros. En la playa se proyectó una explanada con globos de luz. Pero la acometida fracasó. No hubo un plan adecuado de fijación de médanos. Y el ferrocarril que se dispuso fue inapropiado. En el '14, con la Gran Guerra, los ingenieros dejaron de recibir material y financiamiento de ultramar, lo que sumado a la especulación y las expectativas desmesuradas de esta avanzada del progreso significó el derrumbe. Después, unos años después, a la playa llegaban pedazos de espigón. Después, los rieles asomaban como lanzas clavadas en las dunas. Después, casas semienterradas en la arena.

Cuando en el verano del '31 el señor Gesell pasó en un carro por la playa y vio aquello no se dejó desanimar. Las dificultades eran un estímulo de la voluntad. Y cuando kilómetros después llegó a la franja costera en venta a ver en qué consistía, se entusiasmó aún más. Una playa desierta, sin toscas ni piedras, bandadas de gaviotas y caracoles enormes. Al bajar del carro, caminó y buscó recorriendo el paraje. Arrodillado, poceó con las manos. Y dio con agua a poca profundidad.

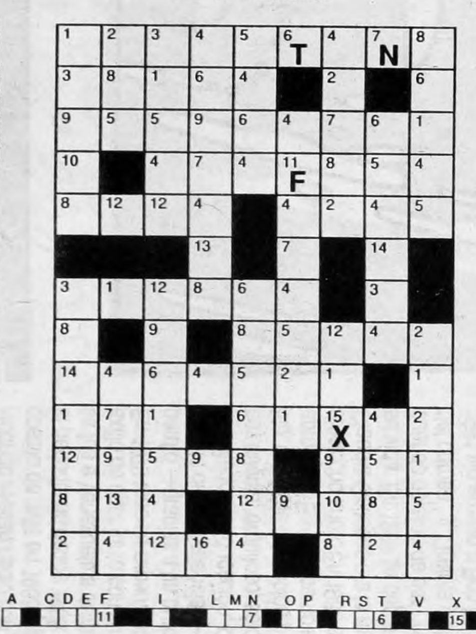
En el invierno organizó una expedición a su nueva propiedad. Casa Gesell compró un camión especialmente, herramientas y semillas. La lluvia retrasó sus planes. Pero el señor Gesell no se amedrentó. Ordenó embalar todo el equipo y lo mandó despachar por tren. En Constitución se subió al Marplatense. En la estación Guido desengancharon el vagón dormitorio. Y debió esperar que otro tren lo volviera a enganchar para unir la distancia con Madariaga y Juancho, donde Guerrero, el estanciero de Pinamar y Cariló, lo esperaba con un sulky, una chata tirada por seis caballos y algunos peones. Marcharon por los campos cubiertos de agua. Todo era barro. Y en los pajonales el agua llegaba al pecho de los caballos. Más tarde, dos días más tarde, le contaba la travesía a su mujer como un chico que habla de una aventura. Había plantado, había levantado la carpa y había dejado unos peones en el lugar. Además de fijar los médanos, el señor Gesell pensaba fijar allí su familia. Ella lo escuchó pensando que estaba frente a un nuevo delirio del inventor. Sin embargo, en el verano de 1932 el señor Gesell y su familia ya estaban instalados en la casa sobre un médano. Esqueleto de madera y paredes dobles de material, con revoque de ambos lados y techo de chapa acanalada. Los huecos entre las paredes estaban rellenos de papel de diario, actuando de aislante. La casa tenía cuatro ambientes, baño y cocina. Y una galería que le proporcionaba la única sombra durante el día. Por las noches, desde las ventanas que daban al sur, podía verse el ojo de luz del faro Querandí a treinta y dos kilómetros.

El país, en poder de los conservadores, era expoliado, reprimido y torturado. En sus brindis, el ejército alzaba las copas de champagne celebrando la camaradería con Hitler. Mientras Lisandro de la Torre denunciaba en el Congreso el negociado de las carnes, un parapolicial le disparó liquidando a Enzo Bordabehere. La provincia de Buenos Aires era territorio de fraudes electorales y caudillos reaccionarios. El control lo ejercían un Martínez de Hoz o un nazi como Fresco. Pero este paisaje de fondo no le preocupaba tanto al señor Gesell como las complicaciones que se le planteaban en la interna familiar. La repercusión de sus locuras estalló en la empresa. Y su hermano le recriminaba tirar la plata en los médanos y, además, andar acostándose con Emilia, la jefa de ventas. El escándalo no tardó en estallar también en su casa. ¿Dónde estaba la moral que, se suponía, debía ser patrimonio del gerente industrial de la casa de artículos para bebés más importante de Sudamérica?

JUEGOS

CRUCIGRAMA

Léxico



Complete el crucigrama sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. La palabra del título aparece en el crucigrama. Guíese con el cuadro inferior, donde sólo están las letras usadas.

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

P	O	Ñ	E	U	S	N	E	O	L	V	O
E	R	E	O	I	R	A	V	S	E	D	S
O	T	I	M	Y	E	N	C	S	P	A	O
L	V	F	A	B	U	L	A	U	O	I	T
C	U	E	N	T	O	E	P	E	A	S	I
N	O	I	C	C	I	F	R	Ñ	I	A	D
A	D	N	E	Y	E	L	I	O	P	T	E
A	L	U	C	I	N	A	C	I	O	N	A
C	A	N	H	E	L	O	H	O	T	A	L
I	L	U	S	I	O	N	O	N	U	F	V
E	A	I	C	N	E	I	R	A	P	A	R
T	I	R	A	S	O	I	R	I	L	E	D

ALUCINACION · ANHELO · APARIENCIA · CAPRICHO · CUENTO · DELIRIO · DESVARIO · ENSUEÑO · FABULA · FANTASIA · FICCION · IDEAL · ILUSION · LEYENDA · MITO · SUEÑO · UTOPIA

SOLUCIONES

"Polvo eres y en polvo te convertirás." Libro del Génesis

2091

LA REVISTA SEMANAL DE CRUCIGRAMAS AUTODEFINIDOS

Clip

Todos los jueves en su kiosco

MENTE